

losa que lo desvirtúa, como un fenómeno que participa de esa *gramática de la modernidad* a la que el libro *Sketches of the Nineteenth Century*, tan inteligentemente, nos conduce. Tal restitución pasa, sin duda, por la revisión del campo literario europeo a través de estas formas breves, mas no menores, que Lauster ha colocado en el punto de mira.

ANA PEÑAS

BLANCO WHITE, José María. *Artículos de crítica e historia literaria*. Durán López, Fernando (ed.). Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2010, 346 pp.

Es indudable el enorme interés que el sevillano José María Blanco y Crespo (1775-1841) despierta entre los investigadores y, además, en un amplio público. Son muchos los trabajos dedicados a este autor, exiliado en Inglaterra, donde, en honor a su abuelo paterno irlandés, adoptó el nombre de Joseph Blanco White. A los ya conocidos estudios o ediciones de Menéndez Pelayo, Méndez Bejarano, Vicente Llorens, Juan Goytisolo, Miguel Ángel Cuevas, Antonio Garnica, Romero Tobar, Viñao, Martín Murphy, André Pons, Moreno Alonso, Ríos Santos, Cascales Ramos y muchos más, se agrega ahora este libro de Fernando Durán, investigador de acreditada competencia que en los últimos años ha dedicado a Blanco White varias publicaciones. Destaco entre ellas su reciente volumen *José María Blanco White o la conciencia errante* (2005).

El profesor Durán ejerce en la publicación que reseñamos una doble labor: editor del escritor sevillano y estudioso de su pensamiento literario y de su actividad como crítico literario. En las dos funciones cumple de manera sobresaliente sus objetivos. El volumen recoge, además de una extensa investigación introductoria, casi la totalidad de lo publicado en caste-

llano por Blanco en el ámbito de la crítica literaria entre los años 1804 y 1825. Concretamente sus artículos en *Variedades de ciencias, artes y literatura* (Madrid, 1803-1805), en la segunda época del *Semanario Patriótico* (Sevilla, 1809), en *El Español* (Londres, 1810-1814), y en las *Variedades o el Mensajero de Londres* (1823-1825). Durán anuncia un próximo estudio acerca de la crítica de Blanco en inglés, aparecida en diferentes revistas británicas después de 1825. La mayoría de los artículos reproducidos en este volumen proceden del último de los cuatro periódicos citados, dada su dedicación preferentemente literaria. Por otra parte, de las veinticinco piezas que aquí se editan, solo media docena se han publicado modernamente, aunque de forma dispersa.

Durán estima que, al contrario de lo que sucede en el ámbito político y religioso— donde es posible identificar un pensamiento estructurado de Blanco White—, es difícil definir la poética literaria del sevillano, ya que este «nunca practicó la crítica literaria de forma regular, sistemática y afirmativa» (XII). Más bien, sostiene Durán, las estimaciones literarias de Blanco se apoyan en sus análisis sobre la historia de la civilización española, donde las ideas religiosas adquieren un gran protagonismo. De esta manera, la literatura es solo una parte, una consecuencia, de la «civilización» en general.

Sin embargo, ello no significa que el pensamiento literario de Blanco sea ambiguo, incoherente o fluctuante, o dogmáticamente dependiente de sus juicios político-religiosos. Lo demuestra el propio Durán, que ha sabido encontrar sistematicidad y consistencia en la crítica literaria de Blanco. A pesar de que el autor sevillano no escribió nunca una historia literaria ni una poética de la literatura, en sus reseñas sobre literatura en general o sobre autores u obras concretas, Blanco muestra un pensamiento literario coherente, organizado y estable. Es más, el profesor Durán propo-

na una interpretación de la poética personal de Blanco que corrige de manera razonada y convincente la opinión «institucional» al respecto.

Lógicamente, el debate sobre la adscripción literaria de Blanco ha de enmarcarse en la dialéctica básica de aquellos años, la confrontación entre Clasicismo y Romanticismo. La interpretación historiográfica más «institucional», acuñada esencialmente por Menéndez Pelayo y Vicente Llorens, sostiene —a grandes rasgos— que Blanco perteneció, tras su llegada a Londres, al primer núcleo del romanticismo español. Esta visión de Blanco como pionero de la crítica romántica española ha sido aceptada de manera general por la historiografía de la literatura española. Ahora, de manera original, el profesor Durán propone una lectura diferente de esta cuestión.

Con todas las precauciones sobre el significado de los conflictivos términos «romanticismo» y «clasicismo», Durán concluye que Blanco bien pudiera adscribirse al concepto de «neoclasicismo heterodoxo», o prerromanticismo, cuya definición concuerda con el pensamiento literario de Blanco, que no es, desde luego, romántico: solo en sus escritos posteriores a 1835 podría debatirse sobre su adscripción al Romanticismo, pero incluso entonces permaneció «fiel a los principios en que se formó durante su primer desarrollo intelectual en Sevilla y Madrid» (XV). Estima Durán que la evolución estética del autor sevillano «ofrece más elementos de continuidad que de cambio a lo largo de su carrera», sin que por ello niegue la posible existencia de un proceso, que solo adquiriría cierta relevancia en los siete u ocho últimos años de su vida.

Concuerdo con Durán en que el citado neoclasicismo heterodoxo —favorable a la poesía «filosófica» y a modelos literarios contemporáneos, revisionista con el canon histórico-literario dominante, abierto a la existencia de nuevos géneros, más historicista, más partidario de la imaginación y relajado con el exigente concepto de imita-

ción clásico, etc.— explica eficazmente la crítica literaria del autor sevillano, cuya apertura a ciertos elementos modernos compatibiliza con unos principios poéticos indudablemente clasicistas. Durán justifica su interpretación identificando y definiendo convincentemente los principales rasgos de la crítica literaria de Blanco White, que sitúa cronológicamente en la transición del clasicismo al romanticismo y concreta en el análisis del «papel de las reglas, del eje conceptual razón/imitación/imaginación y en el historicismo y las identidades nacionales como base de la creación literaria» (XIV).

Desde estos criterios rectores, Durán concluye que junto a unos principios filosófico-literarios universales, clasicistas —«las reglas del buen gusto y la belleza son universales y naturales, pues expresan una moral también universal y eterna» (XVI)—, Blanco White sostuvo que la literatura refleja las circunstancias político-religiosas de una sociedad, pero no en el sentido del romántico *Volkgeist* alemán, como una identidad nacional ideal y atemporal, sino como síntoma de la situación momentánea de una colectividad. La suya es una identidad nacional que responde a un «estado» y no a una «esencia». Desde luego, el clasicismo de White no es el de la dogmática preceptiva dominante durante gran parte del siglo XVIII, sino el «neoclasicismo moderno» del grupo quintanista, al que Blanco quiso acercarse en los primeros años del siglo XIX —episodio registrado en este volumen— con la moderada e interesante polémica en las páginas de *Varietades* sobre la virtualidad estética del cristianismo.

Otros rasgos de la crítica de Blanco White aparecen ilustrados en los textos reproducidos en el volumen: importancia concedida a la recepción de la literatura por parte del público, su proximidad al concepto de «imaginación asociativa», y no «creativa», cierto subjetivismo —su crítica es racional, pero también emocional—, su moralismo, siempre muy presente.

El estudio introductorio contiene reveladores y documentados análisis sobre el marco biográfico y sociopolítico en que Blanco White redactó sus críticas literarias. Así, la polémica entre Quintana y Blanco en torno a *La inocencia perdida* de Reinoso, los años políticos del *Semanario Patriótico* y *El Español*, «los años de Ackermann y la melancólica historia de la literatura española», son estudios plenos de erudición y acierto. La pulcra edición de los textos está acompañada de numerosas notas que permiten su correcta contextualización. Todo ello confirma la solidez investigadora de Fernando Durán, que con este libro, publicado en la reconocida colección «clásicos andaluces» de la Fundación José Manuel Lara, ofrece una visión historiográfica innovadora y convincente, así como una valiosa colección de textos que facilitará el conocimiento de un controvertido autor y de una conflictiva época.

JOSÉ CHECA BELTRÁN

MARTÍNEZ TORRÓN, Diego (ed.). *El universo literario del Duque de Rivas*. Sevilla: Alfar, 2009, 392 pp.

*El universo literario del Duque de Rivas* es una exhaustiva monografía compuesta por once estudios cuya justificación se extrae de las palabras preliminares de quien los recopila, el profesor de la Universidad de Córdoba Diego Martínez Torrón, reconocido especialista en este autor romántico al que ya anteriormente se había aproximado en diversas obras también editadas por él como *Los románticos y Andalucía* (1991), *Estudios de literatura romántica española* (2000) o *Doña Blanca de Castilla, tragedia inédita del Duque de Rivas* (2007). Es en esa presentación donde el ensayista asegura vincular sus investigaciones al eje que conforman ideología y literatura, «entendiendo por *ideología* una actitud cultural que engloba a la

filosofía del momento [...], al arte, a la música, a los fundamentos políticos y sociológicos, y a todo cuanto finalmente creo tiene que ver con la actividad del pensamiento humano». Entre otros aspectos argumenta además su opinión de que ciertos nombres del Neoclasicismo deben integrarse en lo que él llama «temprano romanticismo o protorromanticismo», que sitúa entre 1795 y 1835 como anuncio de la explosión romántica que propugna el Duque de Rivas con su *Don Álvaro*. Queda claro que, como editor del volumen, tiene el mérito de haber aunado trabajos acordes con su orientación y procedentes del Plan Andaluz de Investigación «Andalucía Literaria» que él coordina en la universidad cordobesa, circunstancia que evidentemente justifica que nueve de los once artículos aludidos vayan firmados por investigadores pertenecientes a tal grupo.

Las concepciones de Martínez Torrón sobre el Romanticismo se continúan explicando en los dos capítulos que siguen a estas páginas preliminares. El titulado «Entre románticos. Del romanticismo español al inglés» (sesenta y ocho sustanciosas páginas estructuradas en seis apartados) parte del carácter objetivo, crítico o autocrítico de nuestros románticos, diferenciados así de los ingleses y por ello poco interesados en traducirlos o en traducirlos tardíamente (lo que sería manifestación de un «importante síntoma ideológico» y explicaría además que fuera Byron «el único bardo romántico inglés traducido en época más o menos coetánea (1843-1844) y de modo parcial»). Los muchos y entrelazados aspectos que se tienen en cuenta ofrecen al lector la imagen de un estudioso que domina con exhaustividad la materia literaria que es objeto de su investigación, centrándola, al fin del capítulo, en las traducciones del romanticismo inglés al español y en la exposición de las ideas de los románticos ingleses. Sin embargo, es en el capítulo posterior «El universo literario del Duque de Rivas. Panorama general» (que como se ve da título a todo el volu-